



LUNES SANTO 6 DE ABRIL

EL AMOR DA SENTIDO A LA VIDA

Ya han pasado 40 días de la imposición de la ceniza con la que empezamos el camino cuaresmal. Esta semana empezamos a revivir las últimas horas de vida terrena del Señor Jesús, hasta que, suspendido en la cruz, grite su: "*consummatum est*", La hora ha llegado.

En estos momentos de sufrimiento por la pandemia, los enfermos, por los que mueren, por los que sufren la soledad, por la tribulación, por la incertidumbre del futuro Jesús nos interpela «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is 42,3*), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.



Cita bíblica (Juan 13, 15)

«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Lectura

Buenos días. Comenzamos una nueva semana, pero esta no es una semana más; esta es la semana grande para los cristianos, en la que vamos a revivir la entrega por amor de Jesús, que nos valió la salvación. Y no queremos dejar pasar estos "Buenos días" sin dejar claro el significado de las grandes celebraciones de Semana Santa, que recordaremos en nuestra oración.

Empezaremos fijándonos en lo que significa para nosotros lo que celebramos el Jueves Santo. Ese domingo, Jesús fue recibido en Jerusalén por la multitud entre aclamaciones; pero las cosas habían cambiado, y el ambiente en torno a Jesús se había enrarecido; parecía que el entusiasmo había dado paso a un rechazo creciente.

Era jueves, día de Fiesta en el país de los judíos (para nosotros el Jueves Santo). Jesús quiso tener una cena con sus discípulos, pero como no tenía casa en esa ciudad, tuvo que pedir prestada una sala. Antes de cenar, Jesús tomó una jarra con agua y una toalla. Él era el anfitrión, pero se arrodilló y les fue lavando los pies a sus doce amigos, pies que estaban muy sucios de tanto caminar por las calles polvorientas. Esa era una tarea que realizaban solo los criados de la casa.

¿Por qué crees tú que Jesús les lavó los pies a sus amigos como si fuera el criado? Porque nos quería enseñar a todos que **debemos servir, a cualquier persona**, incluso en cosas que a veces no nos gustan.

Tú, ¿le lavarías la ropa a un vagabundo de la calle, lo cuidarías? ¿Harías algo por alguien que no fuera tu amigo/a, o tu familiar?

Ciertamente Jesús, si viviera en nuestros días, bañaría, abrigaría, cuidaría a las personas que duermen en las calles y abrazaría a aquellos a los que todo el mundo deja de lado. Son muchas las realidades de pobreza que se nos han ido presentado a lo largo de este curso. Son situaciones que pueden pasar lejos o cerca de muchos de nosotros; **lavarles los pies** a ellos, como hizo Jesús con sus discípulos puede ser rezar por ellos, o quitarnos algún pequeño capricho para poder compartir ese dinero con quien lo



MARTES SANTO, 7 DE ABRIL.

EL MAYOR AMOR ES DAR LA VIDA

Lectura (Gálatas 2, 19-21)

«Por medio de la ley he muerto a la ley para vivir para Dios. He quedado crucificado con el Mesías, y ya no vivo yo, sino que el Mesías vive en mí. Y mientras vivo en carne mortal, vivo de fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. No anulo la gracia de Dios: pues si la justicia se alcanzara por la ley, en vano habría muerto el Mesías»

Lectura

Si ayer recordábamos que el jueves santo era el día del servicio, del amor de Dios a los hombres, hoy vemos que el Viernes Santo se convierte en la entrega de ese amor hasta el extremo, hasta dar la propia vida.

Cristo ha mostrado un nuevo rostro de Dios, que ama, que perdona, que sirve al hombre; hasta tal punto, que llega a identificarse con los más pobres y sufrientes, para recordarnos nuestra dignidad; pero, por eso, Jesús ha escandalizado y ha sido rechazado, negado, olvidado por todos; hasta el punto de ser condenado y ejecutado en la cruz.

Aparentemente, su vida ha sido un auténtico fracaso. Su presencia entre los pecadores, los pobres, los indeseables y los enfermos ha provocado que todo y “todos” se le pongan en contra y le empujen hasta la Cruz, instrumento de tortura y muerte reservado para los pobres, los criminales y los rebeldes. Jesús carga con una cruz, pero una cruz que soporta el peso de todas nuestras debilidades. Él entrega su vida por cada uno de nosotros. Por eso, ante la cruz, sentimos inmensa gratitud ante esa entrega, que nos valió la salvación, y que nos compromete.

Reflexión

Cerramos los ojos durante un momento e intentamos ver en nuestra vida dónde se hace presente la cruz de Jesús. ¿Qué es aquello que no nos deja crecer e ir hacia delante? Ahí, en esa limitación, o en esa culpa, deja que la cruz de Jesús traiga su salvación, que normalmente no será evitar el sufrimiento, sino asumirlo con esperanza, sabiendo que Dios hará brotar la vida. ¿Te has dado cuenta de las posibilidades que se te presentan para entregarte a los demás, en casa, con tus amigos, en clase?

El Viernes Santo es un día en el que celebramos que Jesús muere en su entrega por nosotros. Aunque parece que con él se pierde toda la entrega, la generosidad de la que somos capaces, vencidas por el rechazo y la violencia de los seres humanos, la cruz despierta en nosotros la esperanza de saber que Jesús vivirá para hacer presente el Reino de Dios en nuestra vida; el amor tendrá la última palabra.

La canción que vamos escuchar es de Jónatan Narváez, interpretada por Athenas; hay que recordar que la letra está puesta en boca de Dios y nos las dirige a nosotros.



Vídeo:

[https://www.youtube.com/watch?v=eDIF5edXq4g&list=RDeDIF5edXq4g&index=1\(6'36''\)](https://www.youtube.com/watch?v=eDIF5edXq4g&list=RDeDIF5edXq4g&index=1(6'36''))

Oración

Ante ti, oh cruz, aprendo lo que el mundo me esconde: que la vida, sin entrega, no tiene valor y que la sabiduría, sin el amor, es incompleta. Eres, oh cruz, un libro en el que siempre se encuentra una sólida respuesta. Eres fortaleza que invita a seguir adelante, a mantenerme en las situaciones inciertas y a ofrecer el hombro y el rostro por una humanidad que mendiga, necesitada de amor. En ti, oh cruz, contemplamos cómo la verdadera grandeza se manifiesta en la humildad, la libertad en la obediencia y la verdad en el silencio de quien se ofrece. En ti, oh cruz, el misterio es iluminado, y aunque en ti Jesús siga siendo para nosotros un gran misterio, sabemos que en ti, oh cruz, encontramos la paz y la salvación. Amen.



MIÉRCOLES SANTO 8 DE ABRIL.

EL AMOR SIEMPRE TRIUNFA

Cita bíblica (Mateo 5, 13-16)

«Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá su sabor? Sólo sirve para tirarla y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte».

Lectura

¿Cuántas veces en nuestra vida hemos pasado por momentos de oscuridad? Todos nos hemos preguntado en alguna ocasión: “¿dónde está Dios?”, “¿acaso no es bueno?”, “¿por qué no hace o dice algo ante esta injusticia?” Estas preguntas son lógicas. No podemos concebir que exista Dios si calla ante tanto dolor. En los momentos de oscuridad, en los que no brilla ninguna luz, nos surge la pregunta: “¿dónde está ahora Dios?” Y Dios guarda silencio.

En Semana Santa, el Viernes Santo conmemoramos la muerte de Jesús, hijo de Dios; y ante el abandono de su Hijo, y ante las tragedias e injusticias a tantos seres humanos, alzamos la mirada al cielo: “Dios, ¿dónde estás?, ¿te has olvidado de lo que prometiste?” Y Dios calla.

En el sábado Santo recordamos que Dios calla y llora la muerte de su Hijo. Así responde Dios a nuestro dolor: llorando con nosotros. Él sabe lo que es la muerte. Sabe lo que es el sufrimiento. Y por eso no se olvida de nosotros, sino que llora junto a nosotros.

Pero Dios resucitará a Jesús en la Pascua, la fiesta más importante de los cristianos. Jesús, para salvarnos y darnos la vida, debía descender hasta el fracaso humano más rotundo, la muerte. Y su resurrección nos llena de esperanza, porque junto con él nosotros también resucitaremos, y resucitamos cuando su luz desvanece nuestros desalientos. Jesús resucitado es la luz que ilumina el mundo; nosotros también estamos llamados a ser luz. En los momentos de oscuridad del amigo, del hermano, de nuestros familiares, podemos ser esa luz que brilla y que ilumina los pasos del otro, esa luz que da esperanza frente a los momentos difíciles.

Vivamos el gran misterio de la Pascua; la alegría dada a luz en el dolor. Es la alegría de la Resurrección.

Vídeo: <http://www.quierover.org/watch.php?vid=d566ed39a> (3'09'')



Oración

Tú has resucitado, Señor, ahora nos toca a nosotros seguirte, destronar nuestros ídolos, firmar con amor grande la alianza contigo Señor. Abramos de par en par las puertas a Cristo. Salgamos de nuestra indiferencia y egoísmos, seamos siempre bondadosos, la paz sea nuestro saludo, la alegría nuestra señal de identidad. Entreguémonos como Cristo se ha entregado. Vivamos como Tú, Señor, como hijos de la luz que quieren alumbrar el mundo.





JUEVES SANTO, 8 DE ABRIL

“LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO”

Lectura: Juan (13,1-15)

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?»

Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde.» Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás.» Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.»

Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.» Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos.» Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios.»

Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.»

Reflexión-Meditación

En el pasaje evangélico del lavatorio de los pies, la conversación de Jesús con Pedro presenta otro aspecto de la práctica de la vida cristiana. En un primer momento, Pedro no quería dejarse lavar los pies por el Señor. Esta inversión del orden, es decir, que el maestro, Jesús, lavara los pies, que el amo realizara la tarea del esclavo, contrastaba totalmente con su temor reverencial hacia Jesús, con su concepto de relación entre maestro y discípulo. «No me lavarás los pies jamás» (Jn 13, 8), dice a Jesús con su acostumbrada vehemencia. Su concepto de Mesías implicaba una imagen de majestad, de grandeza divina. Debía aprender continuamente que la grandeza de Dios es diversa de nuestra idea de grandeza; que consiste precisamente en abajarse, en la humildad del servicio, en la radicalidad del amor hasta el despojamiento total de sí mismo. Y también nosotros debemos aprenderlo sin cesar, porque sistemáticamente deseamos un Dios de éxito y no de pasión; porque no somos capaces de caer en la cuenta de que el Pastor viene como Cordero que se entrega y nos lleva así a los pastos verdaderos.



La deuda que el Señor nos ha condonado, siempre es infinitamente más grande que todas las deudas que los demás puedan tener con respecto a nosotros (cf. *Mt* 18, 21-35). El Jueves santo nos exhorta a no dejar que, en lo más profundo, el rencor hacia el otro se transforme en un envenenamiento del alma. Nos exhorta a purificar continuamente nuestra memoria, perdonándonos mutuamente de corazón, lavándonos los pies los unos a los otros, para poder así participar juntos en el banquete de Dios. El Jueves santo es un día de gratitud y de alegría por el gran don del amor hasta el extremo, que el Señor nos ha hecho. Oremos al Señor, en esta hora, para que la gratitud y la alegría se transformen en nosotros en la fuerza para amar juntamente con su amor.

Oración: **Pan de misericordia**

En el pan, para calmar nuestra hambre espiritual que tu, misericordia, hace posible que haya para todos los que con fe se hacen comensales Y, cuando te vemos partir y repartir así la hogaza, vemos que nos amas hasta el extremo que tu Cuerpo, se desangra y se derrama en sangre, para que, nosotros tus amigos, tengamos asegurado alimento en nuestro caminar. **TE QUEDAS, SEÑOR Y**, al quedarte entre nosotros, lo haces como el que siempre sirve y se da Como el que, arrodillándose o inclinándose nos indica que el camino de la humildad es el secreto para llegarnos hasta Dios y para mitigar penas y sufrimientos. Hoy, tus rodillas, son indicación firme y segura: ¿Me amáis? ¡Amaos de esta forma! **TE QUEDAS, SEÑOR** Con un amor tremendamente asombroso nos enseñas el valor de la fraternidad la clave para vivir contigo y por Ti es la viga que sostiene nuestra Iglesia, el amor, frente al odio que la destruye desde dentro o desde fuera. **TE QUEDAS, SEÑOR** Para que, sin verte, pero porque la fe asiente te adoremos en tu Cuerpo y en tu Sangre Para que, al llevar el pan hasta tu altar, nos acordemos que es signo de tu presencia Para que, al repartirlo entre los necesitados, comprendamos que es sacramento de tu presencia Que tu misericordia, en carta abierta y con sello del cielo, se envía a través del esfuerzo de cada uno de nosotros **TE QUEDAS, SEÑOR Y** nos dejas un mandamiento: ¡Amaos! Y nos sugieres un camino: ¡El servicio! Y te quedas para siempre: ¡La Eucaristía! Y eres, sacerdote que ofrece, se eleva y eleva muere y, en su muerte, vence a la muerte por toda la humanidad
Gracias, Señor





VIERNES SANTO, 10 DE ABRIL.

“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”

Lectura: Salmo 30

“A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás. Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos; me ven por la calle y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil. Pero yo confío en ti, señor, te digo: «Tú eres mi Dios.» En tu mano están mis azares; líbrame de los enemigos que me persiguen. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor.”

Salmo: Tarde de viernes santo

Tu vida se veía destruida, pero tú alcanzabas la plenitud. Aparecías clavado como un esclavo, Pero llegabas a toda la libertad. Habías sido reducido al silencio, pero eras la palabra más grande del amor.

La muerte exhibía su victoria, pero la derrotabas para todos. El reino parecía desangrarse contigo, pero lo edificabas con entrega absoluta.

Creían los jefes que te habían quitado todo, pero tú te entregabas para la vida de todos. Morías como

un abandonado por el Padre, pero él te acogía en un abrazo sin distancias. Desaparecías para siempre en el sepulcro, pero estrenabas una presencia universal.



¿No es sólo apariencia de fracaso la muerte del que se entrega a tu designio? ¿No somos más radicalmente libres, cuando nos abandonamos en tu proyecto? ¿No está más cerca nuestra plenitud, cuando vamos siendo despojados en tu misterio? ¿No es la alegría tu última palabra, en medio de las cruces de los justos?



Reflexión-Meditación

Jesús escoge el exceso, por lo que, siendo de condición divina, no codicia celosamente la igualdad con Dios, sino que se despoja, se priva, de sí mismo tomando condición no sólo de hombre, sino de siervo y de siervo crucificado (Filipenses 2, 6-8) Es la misma condición que le hace exclamar a San Pablo: “Me amó y se entregó por mí”. Es el exceso de la Eucaristía, donde Jesús se nos entrega en forma de comida y bebida. Dándose como comida y bebida por nosotros, realiza la acción más imprevisible de la historia. El exceso lo es todo en la vida de Jesús y constituye su sentido. Es el mismo exceso del Padre que entrega a su Hijo por amor nuestro: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito” (Jn. 3,16).

Por lo tanto, el exceso es la regla, la clave de la vida de Jesús, caracterizada desde un principio como totalidad, entrega gratuita, sin reservas, incluso a favor de aquél a quien no debe nada, incluso a favor de aquel que le ha traicionado.

Del exceso, que es su vida, su dar la vida por amor, Jesús extrae también la regla nuestra, la regla del cristiano. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tomo su cruz y sígame, porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará”. Podemos darnos cuenta así de que todo es gratuidad.

He aquí lo donde adquiere sentido “el exceso salva, sólo exceso salva”. Estamos hechos para ir más allá, para entregarnos, para consagrarnos a algo más grande, para dedicarnos gratuitamente a lo que nos supera por todos los lados. No le es posible al hombre quedarse a medias. Quien se encierra en sí mismo, lo hace en su propio perjuicio, entrando en la ciénaga, en el fango. Sólo viviendo el más, magis, nos encontramos a nosotros mismos y a Dios.

Oración:

Señor Jesús, ayúdanos a ver en tu Cruz todas las cruces del mundo: la cruz de las personas hambrientas de pan y de amor; la cruz de las personas solas y abandonadas incluso por sus propios hijos y parientes; la cruz de los pueblos sedientos de justicia y paz; la cruz de las personas que no tienen el consuelo de la fe; la cruz de los ancianos que se arrastran bajo el peso de los años y de la soledad; la cruz de los migrantes que encuentran puertas cerradas por miedo y corazones blindados por cálculos políticos; la cruz de los pequeños, heridos en su inocencia y en su pureza; la cruz de la humanidad que vaga en la oscuridad de la incertidumbre y en la oscuridad de la cultura de lo momentáneo; la cruz de las familias rotas por la traición, por las seducciones del maligno o por la ligereza homicida y el egoísmo; la cruz de los consagrados que buscan incansablemente llevar tu luz al mundo y se sienten rechazados, ridiculizados y



humillados; la cruz de los consagrados que, por el camino, han olvidado su primer amor; la cruz de tus hijos que, creyendo en ti y tratando de vivir de acuerdo con tu palabra, se encuentran marginados y descartados incluso por sus familiares y sus coetáneos; la cruz de nuestras debilidades, de nuestras hipocresías, de nuestras traiciones, de nuestros pecados y de nuestras numerosas promesas rotas; la cruz de tu Iglesia que, fiel a tu Evangelio, le cuesta llevar tu amor también a los mismos bautizados; la cruz de la Iglesia, tu esposa, que se siente continuamente atacada desde dentro y desde fuera; la cruz de nuestra casa común que se marchita ante nuestros ojos egoístas y ciegos por la codicia y el poder. Señor Jesús, reaviva en nosotros la esperanza de la resurrección y de tu victoria definitiva contra todo mal y toda muerte. Amén.